

EDITORIAL

SALUD... Y MUERTE...

Uno de los signos de esta época son los grandes contrastes: países ricos, países pobres; deudores y acreedores, gente que tiene todo y lo desperdicia y gente que muere de hambre. Nueva York, París, Londres; Etiopía, Centroamérica, Sudáfrica... Pero existe además un dilema trágico del que nadie escapa: vivir con salud o morir en forma violenta, con todo el auxilio de la tecnología nuclear, gases tóxicos, guerra bacteriológica o, por lo menos, con cierta "modestia", mediante armas "convencionales" como fusiles, ametralladoras y otras...

Las instituciones a su vez, se han polarizado: por un lado aquellas como la OMS, OPS, ONU, UNESCO y muchas más, regidas por personas que luchan contra la enfermedad, el hambre, la ignorancia y la miseria, y en el extremo opuesto otras cuyos dirigentes o patrones estimulan las formas más refinadas, más "científicas" de matar, mutilar, cuasar daño genético no sólo al hombre sino a la madre naturaleza; buscan sojuzgar al planeta Tierra desde el espacio manteniéndolo siempre vigilado por una moderna policía tecnificada... Los hombres de ambos grupos de instituciones padecen insomnio; unos, preocupados por el destino de la humanidad, por los niños, las madres, los pobres y los enfermos; los otros, obsesionados por sojuzgar y destruir la vida en la Tierra en nombre de la justicia o de la libertad; estos últimos, a su vez, forman dos facciones que buscan el equilibrio del miedo, del terror... "Hay que asustar al contrario —piensan— hay que hacer que su pánico sea por lo menos igual al nuestro"...

Con lo que los heraldos de la muerte gastan en un día (y lo hacen a diario) los promotores de la salud y del bienestar tendrían suficiente para todo el año, pero no disponen de medios; aquéllos en cambio lo tienen todo, y de sobra, la ayuda que envían no es la que los pueblos necesitan (alimentos, vestido, herramientas, tecnología agropecuaria e industrial) sino balas de todo calibre, granadas de mano, cohetes "inteligentes", tanques y cañones, napalm de la mejor calidad, camiones, aviones, helicópteros y sistemas de comunicación para enviar mensajes de

muerte..., pero jamás un mendrugo de pan, un gramo de carne, un poco de azúcar o medicinas para rehabilitar al enfermo o al hambriento; lo más que éstos pueden esperar es una lluvia de fuego o pedazos de metal ardiente que lo destrocen junto con los suyos, sus niños, sus padres, su casa y sus animales queridos, a veces tan hambrientos como él; todo en nombre de la libertad.

Los defensores de la salud apenas si pueden enviar una gota de lo que debiera ser un caudal y siempre quedan sedientos cientos de miles... los otros, en cambio, obtienen constantemente una buena cosecha de carne humana inmolada.

Mientras persistan estos contrastes, la lucha por la salud será difícil y nunca alcanzará una meta. ¿De qué sirven los ruegos, recomendaciones, sugerencias y muchas cosas más si los jinetes del Apocalipsis destruyen con un disparo lo que la naturaleza ha logrado en millones de años de evolución?

Lo inexplicable es que los heraldos de la muerte sientan que ellos y su familia son ajenos a lo que suceda en el planeta; que si esta polaridad —salud o muerte— continúa inclinándose a su favor, también les afectará, pues son, como los pobres, los hambrientos y los enfermos, pasajeros a bordo de esta nave espacial llamada Tierra, y que si ésta se hunde, se parte en fragmentos por acción de la energía nuclear o se hace inhóspita por los defoliadores, gases tóxicos, bacterias y virus incontrolables, ¿adónde irán? ¿Piensan acaso que sus supernaves espaciales les van a dar el refugio y la opulencia de que gozan en este mundo que algún día mereció el nombre de Paraíso Terrenal?

ACTA MEDICA recoge con cariño las recomendaciones de salud y colabora en su difusión y realización, pero lamenta profundamente que aquello que se trata de construir con humanismo, sea destruido desde antes por los heraldos de la muerte, por los mercaderes del dolor y del odio.